



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia

CELEBRAR Y ORAR EN TIEMPO DE PANDEMIA

**Celebración para
los hogares**

***Domingo XXXIII
Tiempo durante
el año***

15 de noviembre de 2020



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia



La siguiente es una guía para poder celebrar en nuestras casas, en este tiempo de pandemia, el domingo trigésimo tercero del tiempo durante el año.

Los textos que están en rojo (rúbricas) no son para leer en voz alta y tienen la función de dar algunas indicaciones sobre lo que hay que ir haciendo. De acuerdo a las posibilidades de la persona y/o grupo familiar se realizará todos o algunos de los momentos celebrativos propuestos.

Para preparar antes de la celebración:

- Un lugar cómodo que permita el recogimiento y la oración familiar.
- Un pequeño altar con los elementos que a la familia le son significativos: un mantel, una vela encendida, una cruz, la imagen de la Virgen María, etc.
- Una Biblia desde la cual se proclamará el Evangelio.

Iniciamos la celebración

Una vez reunida la familia en torno a la Palabra de Dios, se propone comenzar con el canto «Dios va en nuestro caminar» (M. Manzano). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

DIOS VA EN NUESTRO CAMINAR

Cuando el pobre nada tiene y aún reparte,
cuando un hombre pasa sed y agua nos da,
cuando el débil a su hermano fortalece:
Va Dios mismo en nuestro mismo caminar. (bis)

Cuando crece la alegría y nos inunda,
cuando dicen nuestros labios la verdad,
cuando amamos el sentir de los sencillos:
Va Dios mismo en nuestro mismo caminar. (bis)

Cuando sufre un hombre y logra la esperanza,
cuando espera y no se cansa de esperar,
cuando amamos, aunque el odio nos rodee:
Va Dios mismo en nuestro mismo caminar. (bis)

Cuando abunda el bien y todos los comparten,
cuando el hombre donde hay guerra pone paz,
cuando "hermano" le decimos al extraño:
Va Dios mismo en nuestro mismo caminar. (bis)

Luego el adulto que guía la celebración (G) invita a todos a hacerse la señal de la cruz, mientras dicen:

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

G: Familia, bendigamos al Señor, que en su bondad nos invita a compartir la mesa de su Palabra.

Todos responden:

Bendito sea Dios, por los siglos.

Y continúa:

En este domingo, el día del Señor, reconociendo que necesitamos su perdón y su paz, manifestemos nuestro arrepentimiento:

Todos hacen un breve momento de silencio, y a continuación dicen juntos:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante ustedes, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Y, golpeándose el pecho, dicen:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Luego prosiguen:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos
y a ustedes, hermanos,
que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.

G: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.

G: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.

Escuchamos la Palabra

Habiendo marcado previamente el texto que se escuchará y puestos todos de pie, alguien toma la Biblia del altar familiar y proclama el evangelio de este domingo **Mateo 25, 14-30**. Si se prefiere se puede tomar el texto que transcribimos aquí abajo.

Del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

25, 14-30

Jesús dijo a sus discípulos esta parábola:

El Reino de los Cielos es como un hombre que, al salir de viaje, llamó a sus servidores y les confió sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y uno solo a un tercero, a cada uno según su capacidad; y después partió.

En seguida, el que había recibido cinco talentos, fue a negociar con ellos y ganó otros cinco. De la misma manera, el que recibió dos, ganó otros dos, pero el que recibió uno solo, hizo un pozo y enterró el dinero de su señor.

Después de un largo tiempo, llegó el señor y arregló las cuentas con sus servidores. El que había recibido los cinco talentos se adelantó y le presentó otros cinco. «Señor, le dije, me has confiado cinco talentos: aquí están los otros cinco que he ganado». «Está bien, servidor bueno y fiel, le dije su señor; ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor».

Llegó luego el que había recibido dos talentos y le dijo: «Señor, me has confiado dos talentos: aquí están los otros dos que he ganado». «Está bien, servidor bueno y fiel; ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor».

Llegó luego el que había recibido un solo talento. «Señor, le dije, sé que eres un hombre exigente: cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Por eso tuve miedo y fui a enterrar tu talento: ¡aquí tienes lo tuyo!». Pero el señor le respondió: «Servidor malo y perezoso, si sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido, tendrías que haber colocado el dinero en el banco, y así, a mi regreso, lo hubiera recuperado con intereses. Quítenle el talento para dárselo al que tiene diez, porque a quien tiene, se le dará y tendrá de más, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. Echen afuera, a las tinieblas, a este servidor inútil; allí habrá llanto y rechinar de dientes».

Palabra del Señor

Reflexionamos en familia

Se puede hacer una reconstrucción del evangelio, con preguntas para dialogar en familia. Además, puede leerse la siguiente reflexión:



En el Evangelio de este Domingo el Señor habla de un hombre que, «al salir de viaje, llamó a sus servidores y les confió sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y uno solo a un tercero, a cada uno según su capacidad; y después partió».

Estos servidores, aparecen en los Evangelios como hombres de absoluta confianza. Sin embargo, no dejan de ser administradores que tendrán que rendir cuentas ante sus respectivos señores.

A los siervos de la parábola que ahora nos ocupa, su señor «los dejó encargados de sus bienes». Este acto implica darles pleno poder de decisión y de acción sobre toda la hacienda. La confianza depositada en sus siervos implica por parte de ellos una responsabilidad. Los siervos saben que su señor es exigente, que llegado el momento les pedirá cuentas de su administración, específicamente, de lo que han hecho con los talentos que les confió.

En su parábola el Señor habla de tres servidores. Cada cual recibe una determinada cantidad de “talentos”. El talento era una unidad de peso equivalente a unos 42 kilogramos. Se trataría, pues, de un determinado número de monedas, probablemente de plata, que sumaban ese peso. La cantidad de dinero confiada a cada siervo, para aquella época, era exorbitante, incluso para aquél que “tan solo” recibe un talento.

En la distribución de los talentos el señor manifiesta conocer a sus servidores, pues da «a cada cual según su capacidad» para trabajar esos talentos, para invertirlos, para negociarlos y multiplicarlos. Sabe lo que cada uno es capaz de dar, y de acuerdo a ese conocimiento profundo les reparte los talentos.



Al entregarles sus bienes les da pleno poder de decisión y de acción sobre ellos. La confianza depositada en ellos trae consigo una enorme exigencia y responsabilidad. El señor espera de cada uno una gestión eficiente, concretamente con la cantidad de dinero que le confía a cada cual. Ellos saben que su señor “es exigente”: no reciben los talentos para guardarlos, sino para invertirlos y para, a su vuelta, le devuelvan no sólo la cantidad entregada sino también las ganancias.

En efecto, dos de los siervos fueron «en seguida a negociar con» los talentos a ellos confiados. Ellos entienden perfectamente la intención de su señor y sin perder tiempo ponen manos a la obra.

El tercero, que recibe 42 kilos en monedas, decide enterrarlas, esconderlas, para que nadie se las robe. Él mismo explicará posteriormente a su señor el motivo o excusa que le llevó a tomar esa decisión: «Señor, sabía que eres exigente... tuve miedo y fui a esconder mi talento bajo tierra». Este siervo le echa la culpa al miedo de su inacción, de su opción de enterrar el talento. El miedo se revela como una excusa inaceptable. Más bien, detrás de ese supuesto miedo, el señor pone de manifiesto la verdadera razón de su opción: «Eres un empleado negligente y holgazán». Este siervo, con su excusa, se condena a sí mismo a ser despojado de todo y ser arrojado «fuera, a las tinieblas».

Los talentos pueden interpretarse principalmente como los dones o gracias concedidas a los discípulos, según su misión en la Iglesia y en el mundo. Muchos de ellos serían nombrados “administradores” de los bienes divinos, que Dios da a cada cual por medio de su Hijo «para edificación del Cuerpo de Cristo».

Al pronunciar esta parábola el Señor se compara a sí mismo con el dueño de la hacienda. Él emprendería «un largo viaje» el día de su Ascensión. Desde entonces permanece “ausente”, más retornará glorioso al final de los tiempos. De aquél momento nadie sabe ni el día ni la hora, mas, cuando vuelva, cada “siervo” tendrá que dar cuenta del uso que ha hecho de los talentos confiados a él para su multiplicación. A esta última venida se le conoce con el nombre griego de Parusía.

A quien haya sabido multiplicar los talentos “negociando” con ellos, el Señor lo calificará de servidor «fiel y cumplidor» y lo hará pasar «al banquete de tu Señor». Se trata de la felicidad eterna de la que gozarán los bienaventurados. A quien haya enterrado sus talentos “guardándoselos para sí mismo”, se le despojará de todo talento y será «echado fuera, a las tinieblas». Se trata de una fórmula usual con que se designa el infierno, el estado de la ausencia absoluta y lejanía definitiva de Dios. Allí sólo habrá «llanto y rechinar de dientes», soledad y sufrimiento sin fin.

La enseñanza doctrinal fundamental es clara: Dios exige que los cristianos especialmente “multipliquen” los “talentos”, los Dones y Gracias a ellos confiados por Cristo, preparándose para dar cuenta de ellos el Día de su Parusía. El cristiano debe entender que enterrar sus talentos, esconder las riquezas inmensas que ha recibido en Cristo “por miedo”, es una omisión inexcusable que Dios no quiere como actitud; sino que se asuma el esfuerzo y la tarea para la cual somos llamados: multiplicar el don recibido. Cada cual tiene en deber de hacer rendir los “talentos” que Dios le ha dado.

Para concluir este momento de reflexión podemos cantar «Si tienes algún talento» (*Gallego*). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

SI TIENES ALGÚN TALENTO

*Si tienes algún talento
no lo vayas a enterrar,
que Jesús está contento
cuando lo haces prosperar.*

Por cuestiones de trabajo
un señor debió partir,
y llamando a sus criados
él se quiso despedir.
Los reunió por un momento,
les habló con claridad;
repartiendo sus talentos
exigió prosperidad.

Todos algo recibieron
según su capacidad,
pero todos no entendieron
su confianza y amistad.
Uno de ellos tuvo miedo
de perder su capital,
y enterrando su talento
se detuvo a descansar.

Fue difícil el reencuentro,
con temor iban los tres.
"Aquí traigo sus talentos.
de los cinco tengo diez".

“De los dos que usted me ha dado,
otros dos yo conseguí”.
"Dios bendiga con agrado
lo que ustedes traen aquí”.

Acercándose el tercero.
su talento devolvió.
"Yo señor le tuve miedo
y enterré lo que me dio ".
"Si sabías que cosecho
de la tierra sin sembrar,
por habernos hecho esto,
deja todo y vete ya".

En el día del reencuentro
nuestro Padre nos dirá:
“¿Dónde has puesto mis talentos?
Quiero verlos ¿Dónde están?”
Y si en algo han mejorado
el Señor nos premiará;
nos tendrá siempre a su lado
como amigo de verdad.

*Si tienes algún talento
no lo vayas a enterrar,
que Jesús está contento
cuando lo haces prosperar.*

Confesamos nuestra fe

G: A la luz de estos testigos, vamos a expresar con alegría nuestra de fe diciendo:

«*Creo, Señor*»

Alguno de los presentes va proponiendo las fórmulas de fe, a las que todos responden.

Lector:

En Dios Padre, creador del cielo
y de la tierra...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen...

Todos: «Creo, Señor»

Lector:

En Jesucristo, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos...

Todos: «Creo, Señor»

Lector:

En Jesucristo, que subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso, y que desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos...

Todos: «Creo, Señor»

Lector:

En el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna...

Todos: «Creo, Señor»

Presentamos nuestra oración

G: Al Señor que nos regala sus dones para que los hagamos fructificar, pidámosle con confianza por nuestras necesidades. A cada intención respondemos: *“Señor, óyenos”*.

Lector:

Por la Iglesia guiada por nuestro Papa Francisco, para que nos ayude a hacer fructificar los talentos que Cristo ha depositado en nosotros. Oremos.

Por los pueblos del mundo, para que erradiquen las tinieblas del odio y la mentira para que así resplandezca la luz del encuentro y la verdad. Oremos.

Por los desesperanzados, para que descubran el valor de la ayuda de sus hermanos para superar su situación. Oremos.

Para que la IV Jornada Mundial de los Pobres propuesta por Francisco nos ayude a aumentar nuestra sensibilidad ante las necesidades de los más pobres y así les tendamos nuestra mano. Oremos.

Por todos nosotros, que esperamos confiados la venida del Señor, para que juntos caminemos hacia su encuentro para construir un mundo mejor. Oremos.

Quien lo desee, puede agregar intenciones.

Después, quien anima la oración, dice:

Concluyamos nuestra celebración en familia, diciendo juntos la oración que Jesús enseñó a los apóstoles: Padre nuestro que estás en el cielo...

G: Oremos.

Padre, que confías en las manos del hombre todos los bienes de la creación y de la gracia, haz que nuestra buena voluntad multiplique los frutos de tu providencia; haznos siempre trabajadores y vigilantes mientras esperamos tu regreso, con la esperanza de sentirnos llamados servidores buenos y fieles, y así entrar en la alegría de tu reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pedimos a Dios su bendición

Quien anima la oración, invocando la bendición de Dios, y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos defienda de todo mal
y nos lleve a la Vida eterna.

Y todos responden: Amén.

O bien:

Que nos bendiga y nos custodie
el Señor omnipotente y misericordioso,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y todos responden: Amén.

Rezamos por la IV Jornada Mundial de los pobres

Este domingo se celebra la IV Jornada Mundial de los pobres bajo el lema “*Tiende tu mano al pobre*”.
Uniéndonos a la invitación que nos hace el Papa Francisco les proponemos rezar la oración compuesta especialmente para esta ocasión.

Oh Dios Padre, creador y amante de la creación, justo y providente con todos tus hijos, en el dramático momento que estamos viviendo a causa de Covid-19, nos abandonamos con confianza en tus brazos de bendición, aceptando tu invitación a tender la mano al pobre, que lleva tu imagen impresa en sí mismo.

Te damos gracias por las manos tendidas del personal sanitario, de los administrativos, de los sacerdotes, de los voluntarios, de todos los que trabajan para ofrecer servicios esenciales a los que carecen de lo necesario.

Convierte a quienes siguen teniendo las manos en los bolsillos y no se dejan conmover por la pobreza, de la que a menudo son también cómplices. Transforma sus manos en instrumentos de justicia y de paz para todo el mundo.

Oh Señor Jesús, que has revelado de estar presente en tus hermanos más débiles, recuérdanos que los pobres están con nosotros para ayudarnos a acoger Tu compañía en la vida cotidiana.

Oh Espíritu Santo, sacúdenos la indiferencia, no nos dejes nunca tranquilos y continúa a estimularnos al bien. Haznos reconocer y amar a Jesús en el rostro de los pobres.

Oh Santísima Virgen María, Madre de Dios, guarda en Tu corazón a los pobres, tus hijos predilectos, y transforma nuestra mano tendida en un abrazo de comunión y de renovada fraternidad. Amén.



Podemos terminar la celebración cantando «Amemos con obras» (Zini). Si [hacemos click en el título de la canción](#) podremos acceder a la versión cantada.

AMEMOS CON OBRAS

Qué es tener hambre y qué es la comida
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que dar de comer al hambriento
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que dar de comer al hambriento
Amemos con obra y de verdad

Qué es tener sed y qué es la bebida
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que dar de beber al sediento
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que dar de beber al sediento
Amemos con obra y de verdad

Qué es tener frío y qué es el abrigo
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir a vestir al desnudo
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir a vestir al desnudo
Amemos con obra y de verdad

Qué es estar preso y qué es la libertad
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir de visita a los presos

Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir de visita a los presos
Amemos con obra y de verdad

Qué es ser forastero y qué es nuestra casa
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que hacerle un lugar al que llega
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que hacerle un lugar al que llega
Amemos con obra y de verdad

Qué es estar enfermo y que es nuestra salud
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir de visita al enfermo
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir de visita al enfermo
Amemos con obra y de verdad

Qué es honrar a los muertos y qué es nuestro cuerpo
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir a enterrar a nuestros muertos
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir a enterrar a nuestros muertos
Amemos con obra y de verdad.



También podemos rezar alguna de las siguientes oraciones, preparadas especialmente para este tiempo de pandemia.

Invocación del Papa Francisco a San José

Protege, Santo Custodio, este país nuestro.
Ilumina a los responsables del bien común,
para que ellos sepan - como tú - cuidar a las personas
a quienes se les confía su responsabilidad.
Da la inteligencia de la ciencia a quienes buscan los medios adecuados para la salud
y el bienestar físico de los hermanos.
Apoya a quienes se sacrifican por los necesitados:
los voluntarios, enfermeros, médicos,
que están a la vanguardia del tratamiento de los enfermos,
incluso a costa de su propia seguridad.
Bendice, San José, la Iglesia:
a partir de sus ministros, conviértela en un signo e instrumento de tu luz y tu bondad.
Acompaña, San José, a las familias:
con tu silencio de oración, construye armonía entre padres e hijos,
especialmente en los más pequeños.
Preserva a los ancianos de la soledad:
asegura que ninguno sea dejado en la desesperación
por el abandono y el desánimo.
Consuela a los más frágiles,
alienta a los que flaquean, intercede por los pobres.
Con la Virgen Madre, suplica al Señor
que libere al mundo de cualquier forma de pandemia.
Amén.

Invocación a la protección de San José Gabriel del Rosario Brochero

Señor, de quien procede todo don perfecto,
Tú esclareciste a San José Gabriel del Rosario,
por su celo misionero, su predicación evangélica
y su vida pobre y entregada;
concede con su intercesión, la gracia que te pedimos:
por su entrega en la asistencia de los enfermos y moribundos
de la epidemia de cólera que azotó a la ciudad de Córdoba,
te pedimos por nuestra Patria y el mundo entero,
líbranos de la actual pandemia y de todo mal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén